

CAPÍTULO DUODÉCIMO:

VIAJE SUBTERRÁNEO

El amo de Stige observaba atentamente los monitores que le permitían acceder a cualquiera de las cámaras de seguridad dispuestas por todos los complejos. Aunque por lo general variaban su imagen de modo semialeatorio, casi todas estaban ahora presentando imágenes de los complejos 5 y 9. Esto es, los complejos donde estaban o habían estado Hoox y/o Sanui.

El misterioso amo consultó una pantalla de datos, que le informó de cuántas y cuáles cámaras habían sido inutilizadas en los complejos 5 y 9. Él admitía estar algo confuso respecto al curso de acción a tomar. No estaba acostumbrado a tratar con crisis tan graves, pero tampoco era de los que se dejaban intimidar. Era muy inteligente, y las ruedecillas de su mente ya estaban girando.

-Hay más de una forma de desollar a un bantha... -pensó.

Se fijó en otros monitores, consultó información rápidamente e inició un proceso de toma de decisiones y comunicación con subordinados.

Hoox avanzaba con zancadas grandes y decididas. Sanui, por el contrario, le seguía con cuidado y comprobando constantemente si había enemigos en alguna dirección. El veneno estaba quemándole todas las venas, haciéndole sufrir como si un millar de anzuelos empapados en vinagre se hubiesen clavado en su piel y tirasen cada uno en una dirección. Aunque estaba empapada en sudor, no permitía que ningún síntoma controlable afectase su comportamiento ante Hoox. Es decir, él también estaba envenenado, y estaba actuando como si no pasase nada. A ella le hubiese encantado pedirle que parasen unos cuantos segundos, pero no lo haría si él no lo sugería. Por eso, ella no podía mostrar debilidad ante Hoox.

Ella le miró una vez más. Caminaba como antes. Nunca se detendría para tomar aliento.

-Él fue envenenado al menos unos minutos antes que yo - pensó Sanui-. Tal vez, el dolor remita después de un rato.

Este razonamiento impulsó un poco a Sanui para continuar hacia adelante.

Después de avanzar por un pasillo que a ella se le hizo eterno, Hoox llegó a una puerta donde ya había estado. El

hangar de los trenes subterráneos.

-¿Estás preparada para volver a enfrentarte a los insectos, Sanui?

Ella habría dado gustosa un brazo para no tener que hacerlo, pero llevo el sable de luz hasta sus manos y lo aferró con decisión mientras lo encendía. El familiar olor a ozono y el zumbido de activación del filo violeta también sirvieron de ayuda a Sanui.

-Abre esa puerta -dijo Sanui.

Hoox no lo hizo.

Sanui mantuvo la pose amenazante, esperando con impaciencia, pero Hoox no abría la puerta.

-¿Qué estamos esperando?

Hoox avanzó un paso hacia Sanui. Ella podría haberle partido a la mitad con su sable de luz en cualquier momento, pero los ojos de Hoox estaban fijos sobre ella. Sanui estuvo a punto de sentir un escalofrío. No era por el hecho de que Hoox fuese (hubiese sido) su enemigo más poderoso, sino por un motivo completamente distinto. Era esa mirada tan cargada de reproche como de sabiduría, que perforaba a Sanui hasta el alma. Era la misma mirada que adoptaba Ashla antes de echar una bronca a su discípula, sólo que con mucha más rabia contenida.

Sanui esperaba que empezase el chaparrón con una mueca en el rostro. Hoox tomó aire y empezó a hablar.

-No te tienes en pie -dijo-. No intentes negarlo; lo sé porque yo estoy padeciendo tus mismos dolores. No estamos en condiciones de darle una paliza a esos insectos, y ahí dentro hay muchos, tal vez más de los que podríamos vencer estando ambos en buena forma.

Hoox hizo una pausa para respirar varias veces mirando al suelo. Ya que se habían detenido, tenía que aprovecharlo. Sólo caminar ya le causaba las más terribles agujetas.

-¿Y entonces por qué vamos a entrar? -preguntó Sanui.

Hoox levantó la mirada. Le extrañaba que Sanui le hubiese preguntado. Cuando él había enseñado un par de cosas a Darth Ksar, Ksar nunca preguntaba. Él confiaba en Hoox y pensaba que, si necesitaba saber algo más, ya se lo dirían. Estaba claro que Sanui no era como Ksar; ella era mucho más liberal. Curiosamente, esta variación resultó del agrado de Hoox, que sonrió débilmente con un lado de la boca.

-Porque no vamos a matarlos a todos -dijo Hoox-. Ahí dentro están todos los trenes subterráneos en los que han venido enjambres enteros de insectos desde los otros complejos como refuerzos para detenernos. Nosotros vamos a coger uno de esos trenes y salir de este complejo zumbando. ¿Quieres los detalles?

-¿Los detalles? -a Sanui le asombraba oír eso; el plan ya estaba bastante más detallado de todo lo que ella llegaba a preparar habitualmente-. Adelante.

-Tú y yo avanzamos juntos matando insectos, tú entras

primero, yo te cubro, hasta llegar a un tren cualquiera. Nos subimos los dos al mismo tren. Por si tienes que llevarlo tú, el pedal sirve para arrancar y los mandos controlan la dirección; el resto es bastante fácil, como casi cualquier speeder. Nos dirigiremos al complejo 1, porque es el único lugar del planeta donde tienen algún tipo de astronave que pueda operar en el espacio.

-Pero me dijeron que no tenían tecnología para viajar en el espacio -protestó Sanui.

Hoox la miró durante un instante.

-Comprendo -dijo ella.

-En el complejo 1 -siguió Hoox-, encontraremos la astronave, nos haremos con ella y saldremos de este maldito lugar.

-¿Cómo sabes que hay una astronave en el complejo 1?

-Se lo arranqué de la mente a un habitante del complejo 5 -dijo Hoox, sin un remordimiento.

-Eso... Eso no me parece demasiado ético -dijo Sanui.

-¿Y cuándo es ético leer la mente de otra persona? -preguntó Hoox-. Yo necesitaba salir de aquí, ella sabía cómo, y nunca me lo diría por las buenas.

-Volveremos sobre este tema -dijo Sanui.

-Si sobrevivimos -dijo Hoox, haciendo un gesto para coger su sable de luz. El filo amarillo se extendió, mientras los ojos de Hoox expresaban el odio y la rabia que sentía en su interior. Eso era lo que le daba su poder en el lado oscuro, lo que le permitía canalizar la Fuerza.

-¿Estás preparada? -preguntó Hoox.

-Yo nací preparada -dijo Sanui.

Hoox abrió la puerta.

En el interior del hangar había docenas, tal vez cientos de insectos. Algunos revoloteaban por los niveles más altos, pero esto no les ofrecía ventaja alguna, porque los insectos que estaban en el suelo ya eran más altos que Hoox y Sanui: Los que estaban volando sólo podrían cubrir bajas de los que estaban en tierra, pero nunca atacar desde arriba.

No tardaron ni un segundo en girarse hacia la puerta como uno solo. Todos ellos habían recibido órdenes de esperar allí a los intrusos y acabar con ellos en cuanto apareciesen. Su mentalidad de colmena asimiló fácilmente esas órdenes.

Ahora, utilizando el instinto asesino más drástico, los insectos decidieron atacar a los intrusos que estaban al otro lado de la puerta. Tres tenazas surgieron paralelas hacia dos objetivos distintos.

Hoox estaba más cerca de la puerta, al lado del interruptor de apertura, y bajó rápidamente su sable de luz para cortar las tres tenazas.

-¡Ahora, Sanui! -dijo Hoox mientras los apéndices de los insectos caían al suelo.

Seiza aprovechó el momento de semiindefensión de los insectos más próximos para entrar y atacarles. Mató a uno de ellos e hirió a otro, mientras avanzaba con el sable preparado.

Sanui atacaba a los insectos con entusiasmo, incluso sabiendo que debía vencer probablemente a más de una veintena antes de llegar al tren más próximo. Pero eran una veintena que no sabían lo que era enfrentarse a un Jedi, mientras que ella estaba ya familiarizada con sus ataques. Ambas ventajas le daban confianza, y se permitió una sonrisa cuando la sangre de extraño color de un insecto cayó sobre su mejilla.

Hoox aprovechaba otras ventajas. En entornos tan cerrados, el gran número de insectos obraba contra ellos; era prácticamente imposible no herir a alguien con sólo mover el sable. Hoox no era, sin embargo, un hombre que únicamente hiere con su arma.

Uno de los insectos intentó golpearle con una tenaza por la espalda, pero el sonido le delató y Hoox detuvo el ataque. Otro de los insectos aprovechó la distracción de Hoox con el ataque a su espalda y le golpeó por delante con las tenazas, en el abdomen. Más insectos atacaron y atacaron a Hoox, sin darle oportunidad de respirar.

Mientras, Sanui avanzaba cada vez con más dificultad. Exigía decenas de segundos avanzar cada centímetro, pero ella aseguraba el terreno que tenía antes de pedir más. Eso le permitió resultar mucho menos malherida que su compañero, aunque también recibiese su ración de tenazas: Hoox ya no podía cubrirla, y ella no podía atacar en todas direcciones.

Sanui avanzó otro paso, y después otro más, siempre sin dejar de golpear a sus enemigos en una batalla en la que nadie pedía cuartel y nadie lo ofrecía. Después de un esfuerzo hercúleo, pudo vislumbrar la entrada a uno de los trenes.

El tren era una especie de cilindro tumbado, con las bases redondeadas y cubierto con una brillante pintura plateada que sin duda ayudaba a mantener la mascarada de felicidad de los stigianos; sin embargo, la plata estaba ahora manchada de rojo y llena de cortes. Medía aproximadamente dos metros de altura y unos cinco de largo. Se podía abrir por cada extremo. Cuando Sanui lo vio, estaba tres metros por debajo de ella, flotando a unos quince centímetros de su vía.

-¡Hoox! -gritó Sanui mientras uno de los insectos la atacaba; ella le cortó la cabeza con su sable-. ¡Hoox, tengo un tren!

Un montón de más de treinta insectos uno encima del otro, todos ellos vivos y atacando, empezó a temblar. Los insectos se alejaron rápidamente del montón, huyendo por encima de los cadáveres de sus compañeros. Algunos

levantaron el vuelo; otros reptaron sobre sus múltiples patas.

Y, detrás de todo el montón, Hoox prevaleció. Su uniforme estaba prácticamente destrozado por los cortes, pero el cuerpo debajo de éste apenas parecía dañado. Sus ojos mostraban una ira que pocas veces puede verse en un corazón humano, y si Sanui le hubiese mirado, se habría estremecido de terror.

-Despega -su voz era un rugido de ultratumba, capaz de dar órdenes a un dios. Sanui buscó el pedal de arranque.

Hoox cedió el control a su agresividad, a su ira y a su odio en estado más puro. Permitted que el lado oscuro de la Fuerza controlase sus acciones, pero al mismo tiempo le exigió que obedeciese sus órdenes.

Él sabía que Sanui, mucho más lejos, había logrado alcanzar uno de los trenes, y el rastro de cadáveres indicaba cuál. Hoox se concentró en esa dirección, y se fijó en que, aunque había varias docenas de insectos por tierra impidiéndole el paso, apenas cuatro o cinco se opondrían a él volando. Por supuesto, Hoox no podía volar, pero flexionó sus rodillas y saltó. Saltó en dirección al tren, pero pasando por encima de las cabezas de los insectos. Durante el salto, movió su espada para atacar a los insectos voladores en su camino; sólo dos de ellos resultaron heridos, pero los demás no se acercaron lo bastante a Hoox como para hacerle daño.

Aterrizó a cuatro insectos del tren, encima de un quinto insecto. Golpeó al primero de ellos, pero los otros tres saltaron sobre el tren, agarrándose a él. De algún modo, Sanui había eliminado la cobertura plateada de la parte superior trasera del tren, arrojándola sobre un grupo de insectos que la amenazaban. Eso permitió a los tres insectos subirse literalmente al tren.

Hoox se subió detrás de ellos, y empujó a uno fuera del tren. El insecto se aferró con sus garras al interior del tren, aunque todo su cuerpo estuviese fuera.

Cuando el imperial se subió al tren, observó que el suelo estaba temblando. Estaban a punto de arrancar, y Sanui ya había terminado el calentamiento de motores. Si él hubiese tardado mucho más, ella se habría marchado. Hoox se fijó en los dos insectos que quedaban a bordo; él tendría que encargarse de ellos mientras Sanui pilotaba.

El tren inició su viaje a más de quinientos kilómetros por hora. Hoox y los dos insectos se balancearon un poco, pero ninguno perdió pie. Sin embargo, el tercer insecto, que estaba colgando al borde del tren, podía sentir la fricción de sus patas contra el suelo mientras avanzaban. Se agarró tanto tiempo como pudo, y después se soltó. Cuando lo hizo, sólo le quedaba una quinta parte del cuerpo agarrada al tren.

Hoox saltó sobre uno de los insectos y le sorprendió con

un movimiento de artes marciales: Le agarró y, aunque no le causó daño de ningún tipo, le sacó del tren. El insecto movió sus alas para evitar caer en la vía mientras observaba cómo el tren se iba haciendo cada vez más pequeño en la distancia. Ya era imposible alcanzarlo.

El otro insecto atacó a Hoox con sus tenazas y apresó su mano derecha, en la que llevaba el sable de luz. Apretó los tendones, pero la presa de Hoox sobre su arma no desaparecía.

Hoox usó su mano izquierda para aferrar la otra tenaza del insecto, de modo que no pudiese usarla para atacar. De ese modo, ambos quedaban mutuamente atrapados.

Ante los ojos de Hoox, el insecto movió sus babeantes colmillos, llenos de veneno. Hoox lanzó su cabeza contra la del insecto, golpeando con su frente justo encima de los colmillos. El inhumano rostro del insecto quedó fracturado; ya no podía mover los colmillos.

De pronto, una repentina curva sacudió el tren. El vehículo subterráneo chocó contra la pared, impulsando a Hoox y a su enemigo hacia el suelo; ahora el insecto estaba sobre Hoox, y tenía una gran ventaja. El imperial había soltado, por la sorpresa, la tenaza del insecto, y ahora ésta pendía sobre su cabeza como una espada, a punto de caer.

Cuando la tenaza caía, Hoox volvió a interceptarla con su mano. Esta vez, la mano cayó con tanta fuerza que el brazo del insecto se quebró por la mitad. Hoox sostuvo rápidamente la tenaza antes de que el insecto pudiese reaccionar, y se la clavó en el abdomen.

La presión sobre la muñeca derecha de Hoox disminuyó; el monstruo había muerto. Él lo empujó hacia un lado del suelo del tren, mientras se acercaba a la cabina donde Sanui pilotaba.

La chica estaba bastante asustada, presionando con su pie el pedal, a veces un poco más, a veces un poco menos. Los mandos no estaban siendo operados.

-¿Qué estás haciendo, Sanui? -dijo Hoox-. Ya te expliqué cómo se pilotaba.

-¿Pero te has fijado en los mandos? -protestó Sanui.

Los controles no eran para manos humanas. El enorme volante era más grande de lo que Sanui podía abarcar con los brazos extendidos. Lo peor no era eso, sin embargo: Lo peor era que los mandos eran de una sustancia cortante, llena de púas y con bordes afiladísimos. Los insectos podían manejar eso sin dificultad con sus tenazas, pero el humano que lo tocara con sus manos se quedaría sin manos.

-¿Cómo esperas que maneje eso? -insistió la joven.

Hoox miró los controles y se fijó en la vía ante ellos. El tren debía hacer una curva hacia la derecha dentro de relativamente pocos segundos. Hoox alternó su mirada entre la vía y los controles y, cuando la curva estaba muy cerca,

levantó una mano. Hoox estaba en ese momento a unos dos metros de los controles, y su mano no los tocaba en ningún momento, pero los controles se movieron solos hacia la derecha cuando llegó el momento, impulsados por una fuerza invisible.

Seiza lo comprendió y sonrió.

Hoox podría haberle dicho una impertinencia, algo del tipo "¿Crees que serás capaz de hacerlo tú sola?". Pero no le dijo nada, y ella tampoco adivinó nada en su silencio. Él sólo se alejó, volviendo a la parte trasera del tren.

Se apoyó en la pared inferior que quedaba y se sentó en el suelo mientras ella seguía pilotando. Ella miró hacia atrás y, en un latido, observó a Hoox sentado, al insecto muerto, y todos los detalles que necesitaba memorizar.

-¿Qué haremos con él? -preguntó Seiza, mientras pilotaba.

Hoox miró un instante el cadáver del inmenso insecto.

-Por mí, que se quede -dijo-. No es como si el lastre debiese preocuparnos.

-Vale -respondió ella.

-Me gustaría descansar un rato -dijo Hoox, aún sentado en el suelo-. ¿No te molesta...?

-No, adelante -dijo Sanui.

Hoox ya estaba roncando antes de que ella terminase la segunda palabra.

El amo de Stige meditaba ante docenas de monitores de ordenador. Las pantallas reflejaban diversos aspectos mensurables de la vida en Stige.

Por ejemplo, él había ordenado a todas las estaciones de todos los complejos que dejaran de enviar trenes subterráneos. Había ordenado también que todos los trenes en movimiento se detuviesen. Eso significaba que ese único tren, el que había salido del complejo 9, estaba siendo ocupado por al menos uno de los intrusos.

Realizó una nueva comprobación para asegurarse. Ahora, él estaba seguro. Ambos iban en ese tren. Qué fácil resultaría destruirlos a ambos. Sólo necesitaba detonar el tren y...

Pero era un mal momento. El amo de Stige reprimió sus pensamientos. No podía provocar una explosión en el lugar donde estaba el tren entonces. Debía esperar, sí, esperar. Debía aguardar un momento mejor, en el que no provocase daños graves al detonar el tren. Era importante no bloquear varias vías alrededor de uno de los complejos, pero esto era mucho más importante.

La prodigiosa mente del amo hizo cálculos matemáticos con una velocidad supersónica y obtuvo su respuesta en fracciones de segundo. Era el tiempo que debía esperar antes de detonar el tren, apenas unos segundos, para poder hacerlo en condiciones óptimas de seguridad.

No le importó esperar unos segundos. Él era lo bastante paciente.

Seiza sonrió mientras pilotaba. Hace unos pocos kilómetros, habían pasado justo al lado de un nido de pequeñas criaturas nativas muy hermosas. Una pequeña gruta excavada en el lecho rocoso subterráneo hospedaba a más de una docena de animales de aspecto tan agradable que ella habría deseado poder ver con detenimiento.

Había mirado hacia atrás para preguntarle a Hoox si él también las había visto, pero él seguía durmiendo sonoramente. De todos modos, razonó Seiza, no sabía si a alguien como Hoox le gustaría la belleza natural. Seiza recordó que ya había tenido ese tipo de problema con Halkias.

De todos modos, el camino hacía una peligrosa curva justo delante, y Seiza se esforzó por hacerlo lo mejor posible. Dejó de pensar en las criaturas, y se concentró en pilotar.

Un instante después, la vía ante ella explotó para convertirse en una llamarada de más de un kilómetro de largo.

El tren descarriló.

Seiza había logrado alcanzar una pequeña cueva natural, aunque apenas podía moverse. El impacto casi la había matado, y ya llegaban los stigianos para terminar el trabajo. Un tren avanzaba por la vía a menos de cuarenta kilómetros por hora. Seiza no pudo evitar fijarse en cómo se detenía sin tocar la vía. Habían tardado al menos cuatro horas en llegar.

Un grupo de hombres blindados, un kreogan y un insecto estaban el interior. El líder de los hombres blindados y el kreogan fueron los únicos que bajaron. Se fijaron en la pequeña cueva y en la humana que había sentada en su interior; había dejado un rastro de sangre para llegar hasta allí.

La cueva en cuestión era tan pequeña que, respecto a su profundidad, apenas cabían el kreogan y el humano juntos. Aunque era un sitio bastante oscuro, Seiza estaba sentada en el lugar más visible, justo en frente de la zona cubierta de sombras. El hombre blindado encendió una luz en su casco para comprobar que el otro intruso no estaba escondido allí, y el kreogan usó sus dones mentales. Ninguno de ellos encontró nada.

Satisfechos con esto, se acercaron a la indefensa chica. El hombre blindado fue el primero en hablar.

-Muy bien, persona -le dijo-, todo ha terminado. ¿Dónde está tu amigo?

-Muerto -dijo Seiza-. No logré sacarle del tren.

-¿Miente? -preguntó el hombre blindado al kreogan.

-No puedo decirlo -dijo el kreogan-. Su voluntad es fuerte y no me deja entrar en su mente.

-¿Acaso tienes algo que ocultar, persona? -dijo el hombre

blindado.

-Vais a matarme -dijo Seiza-. Dejadme retener mi intimidad.

-¿Qué es intimidad? -dijo el hombre blindado.

-Algo que se hace fuera de Stige -dijo el kreogan.

-Bien, entonces buscaremos el cadáver en los restos del tren -dijo el hombre blindado-. Y ahora...

Levantó su arma láser y apuntó a la cabeza de Sanui. Un único disparo bastaría; simple y efectivo. Ella le miró; por la expresión de su cara, estaba maldiciendo a sus dioses, que le permitían vivir y afrontar una muerte deshonrosa.

El hombre blindado disparó, y de pronto Seiza encendió su sable y, con presta velocidad, lo interpuso entre el disparo del bláster y su blanco. El rayo rebotó y golpeó al kreogan en el cerebro, matándole.

El hombre blindado comprendió de pronto que ella había estado fingiendo y disparó varias veces, esperando desconcertarla.

-¡Necesito refuerzos! -gritó, mientras era acribillado por sus propios disparos.

Los refuerzos nunca llegaron.

Seiza avanzó tranquilamente hacia el tren donde habían llegado el kreogan y sus amigos. En el interior, Hoox estaba echando a las vías los cadáveres de los otros ocupantes del tren.

-Supongo que por aquí también ha ido todo bien -dijo Seiza, sonriéndole.

Hoox, desde su posición más elevada subido al tren, también le sonrió.

-No sabía que fueras tan buena actriz -le dijo.

Ella sonrió mientras Hoox empujaba con el pie el último cadáver.

-¿Has podido destoxificar el veneno? -preguntó Hoox.

Seiza asintió con la cabeza.

-La técnica de Ashla es efectiva -dijo Seiza-. Pero no tuve ocasión de usarla hasta que logré estar un par de horas descansando. ¿Qué tal tú?

Hoox le sonrió.

-Inmunizado -dijo-. A ver si con Ashla aprendes este tipo de trucos.

Hecho esto, él le ofreció su mano para ayudarla a subir, pero ella le rechazó y subió de un salto. Ambos avanzaron hacia los controles.

-Ha sido una suerte que viniesen por el lado de la vía que nos conviene -dijo Hoox.

-Tal vez fuese el camino más corto -dijo Seiza.

-Sí, supongo que sería eso -dijo Hoox.

-Si esta gente no informa, descubrirán que seguimos vivos -dijo Seiza-. Probablemente, la joya de los humanos ya les ha dado esa información. ¿Cuál es tu plan?

-¿De dónde sacas que tengo un plan? -dijo Hoox.
-Cuando éramos enemigos, yo hacía mis cálculos segura de que siempre tenías un plan contra mí -dijo Seiza.
-Muy bien -dijo Hoox, sonriendo-. Digamos que saben que seguimos vivos. Si nos envían gente, podemos con ellos.
-¿Y si vuelven a dañar la vía? -preguntó Seiza.
Hoox sonrió y le explicó su plan.

El tren avanzó a más de seiscientos kilómetros por hora. Seiza y Hoox lo pilotaban a la vez. Sincronizaban sus acciones telekinéticas usando poderes mentales.

La vía ante ellos se convirtió de pronto en un nuevo foso de fuego, esta vez de más de mil metros.

-¡Ahora! -gritaron ambos.

El tren subterráneo se elevó sobre las llamas, moviéndose en el aire sólo gracias al poder bruto de Seiza. Mientras tanto, Hoox se aseguraba de que el fuego se mantuviese tan abajo como fuese posible.

Después del impresionante salto, el tren se volvió a posar en las vías, rebotando varias veces mientras los repulsores se adaptaban y perdiendo parte de las piezas del fuselaje.

-Ha funcionado -dijo Hoox, algo incrédulo.

Seiza se rió del aspecto que tenía.

-Bueno, supongo que a partir de ahora todo será algo más fácil -dijo Seiza.

-No del todo... -dijo Hoox.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Seiza.

-El complejo 1 está protegido por varias torretas láser -explicó Hoox-. Es imposible introducirse en él con uno de éstos. Lo destruirán antes.

-¿Entonces qué vamos a hacer? -preguntó Seiza.

-Abandonar el tren a pocos kilómetros del complejo y entrar a pie, claro -dijo Hoox-. Sé que tienes entrenamiento para hacerlo; a mí me lo has hecho muchas veces.

-Y ellos creerán que hemos muerto cuando destruyan el tren -dijo Seiza.

-No lo creo -dijo Hoox-. Hemos escapado de la muerte varias veces. Ahora querrán ver nuestros cuerpos.

-Es lo que tú harías, claro -dijo Seiza.

Hoox no respondió.

-¡Salta! -dijo de pronto.

De nuevo, la vía se había convertido en una llamarada. El tren volvió a elevarse. Vale que debían fingir su propia muerte, pero todavía no. Y tampoco había que ser TAN convincente.

Fin del duodécimo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.